

HENRI GARNIER & C.^o

DESTILERIA DE PASAJES
Cognac ***—Extra y fine champagne
Klarnard, apesivivo al vino de quina.
Anís del Cantábrico, el más refrescante.
Licorero, el mejor digestivo.
Ron, jarabes y licores de todas clases; más barato y superiores á las marcas más acreditadas.

El conflicto de Oriente

Decíamos anteayer que la conducta de las potencias, ante los sucesos de que es teatro la frontera greco-turca, llena una sombría página en la historia del orbe cristiano. Esa actitud continúa: los turcos pasan á sangre y fuego por las aldeas griegas, y se cuentan por millares los cristianos que mueren en las refidas peleas. Las potencias, apoyadas en sus fusiles, reostadas sobre sus cañones, miran y descansan: esa pasividad no es cruel indiferencia, sino egoísta disposición, atención interesada que les hace estar alerta. De poco sirve que los pueblos cristianos pidan favor para los griegos: á las generosas aspiraciones del corazón impónese la obra del hierro. Pero ya tienen disculpa razonada para su pasividad las potencias europeas: ellas no pueden mezclar á todas las naciones en una lucha de dos pueblos que se odian.

Ahora surge otra influencia, ya manifestada tiempo hace, pero no declarada abiertamente. Surge la influencia del interés, que se ha encargado de acentuar el país más práctico del mundo. Entre la confusión de impresiones que nos llegan del extranjero, destácase una que ha empezado ya á provocar discusiones. Inglaterra no ha podido disimular mucho sus tendencias; y sus tendencias son, como siempre, las más prácticas. La opinión de Europa, favorable á la intervención en la guerra, se estrella hoy contra una sospecha, que recogen los periódicos: ¿acaso Inglaterra, la más dispuesta á favorecer á los griegos, desea que las potencias tengan asunto grave en que ocuparse, para no sufrir ella las molestias de los reuelos y de las suspicacias en la absorción de Inglaterra y en la realización, en el Africa meridional, de sus vastos planes?... La influencia de los sentimientos cristianos no se impondrá á la influencia del hierro; pero ¿quién sabe si las potencias pagarán sus culpas, sirviendo sin poderlo evitar, á la influencia de los particulares intereses de un pueblo aprovechado!

Las fiestas euskaras

Al trazar un estudio biográfico del entusiasta vascofilo, M. d'Abbadie, dice con relación á nuestros certámenes, el escritor don Carmelo Echegaray.

Si esos certámenes y concursos periódicos han contribuido poderosamente—y nadie habrá que lo niegue—á fijar la atención de las gentes hacia una cosa que se veía tan desdeñada como la lengua bascongada, y

hacia un cultivo literario, á Mr. d'Abbadie, más que á nadie, se debe la gloria de iniciador. No de Cataluña, como daba á entender D. Victor Balaguer en su discurso de recepción en la Academia Española, sino de la parte basco-francesa se importó á la parte basco-española la celebración de concursos poéticos. Antes de que los catalanes, que hasta 1859 no vieron restaurada la institución de los Juegos florales, celebraran sus «Cortes de amor», ya Mr. d'Abbadie organizaba fiestas euskaras en la región basco-francesa; y para convenirse de ello no hay necesidad de recurrir á libros que solo están al alcance de los eruditos: basta leer obra tan vulgarizada y popular como la de Rodríguez-Ferrer acerca de «Los Bascongados, su lengua y el príncipe L. L. Bonaparte», donde se inserta, como muestra de poesía euskara, alguna composición que fué laureada en el certamen de 1853.

De ahí, sin duda, nace la indiferencia radical que existe, y que ya antes de ahora hemos hecho notar, entre los juegos florales, tal como en otras partes se celebran, y las fiestas euskaras organizadas por Mr. d'Abbadie. Aquellos tienen un carácter más cosmopolita: estas un carácter más singular: aquellos pueden adaptarse, con modificaciones mas ó menos leves, á todas las razas y á todas las circunstancias: estas no pueden adaptarse más que á la raza y circunstancias en que han nacido. Por donde resulta que los concursos dispuestos por Mr. d'Abbadie realizaban dos fines: el fomento de la cultura del espíritu y el mantenimiento del alma de nuestra raza, á fin de que no desapareciera borrada y confundida con la de otros pueblos limítrofes que constantemente la asedian.

Fantocherías

Los chicos hablan ya de la próxima venida de los autómatas: están en camino: vienen cómodamente encajonados, y se «personarán» aquí de un momento á otro. Por ahí, se hizo ya un chiste, de mejor ó peor sombra; preguntaba un colega: ¿á qué vienen aquí fantoches, si ya los hay? En efecto, los hay, y los hay en abundancia. Tenemos, sobre todos, el fantoche político, que es el más distinguido de los fantoches, y el autómatas de la lucha electoral, á quien conoce todo el mundo. Al primero le tiran de los hilos desde su propio estómago ó desde sus propios bolsillos, y al otro, le tiran de la cuerda desde cualquier horno de embustes, ó fábrica de pasteles electorales. Algunos de estos autómatas, inquietos y disculos, se revuelven y agitan durante los días de asueto: cuando tocan á funcionar, obedecen y callan, porque son otros los encargados de hablar por ellos, y de tirarles de los hilos, y de hacerles mover piernas y brazos. Aquellos mismos que aseguraban la existen-

cia de «otros» fantoches, no los tienen lejos de casa. Lo que lamentarán es no tener á su disposición una buena colección de autómatas. Esos fantoches políticos están ahora muy metidos en el saco de la harina electoral, en el cual anda la harina muy escasa, inequívoca señal de que se acerca la molienda; y metidos en ese saco, dan cada traspies por esas calles, que causan pena. Vedlos, ofreciendo el moro,—porque en las ofertas de oro nadie cree en estos tiempos;—vedlos, anunciando la venida de un Mesías bienhechor, que va á distribuir el pan bendito y los peses de colores; vedlos, sermoneando á los cándidos, para hacerles ingresar en su comparsa. Ellos, los amantes de la libertad, quieren hacer del elector, autómatas, y quieren arrastrarle con los hilos de la oferta liberal, y de la demanda imperiosa, hacia los crisoles electorales, de donde piensan sacar estos fantoches dedicados á alquimistas, el oro molido, después de molar á los ciudadanos. Y quien dice oro molido, dice soluciones favorables á empresas determinadas, dice reconstrucciones costosísimas que interesan demasiado á unos ó á otros fantoches.

Los fantoches automóviles, andan buscando á los fantoches autómatas, y allí donde no se forja el rayo, porque casi nunca resulta más que el trueno, y por lo general, muy gordo, se ensayan á diario funciones de magia y sesiones de prestidigitación económica, que son el regocijo de las gentes. Ahora, entre todos los fantoches sin hilo visible que buscan autómatas para cogerlos con una red más que con un hilo, se está realizando una obra prodigiosa. Ellos han notado que cuando salen al escenario de su Guignol moviendo mucho los brazos, haciendo muecas de clown y gestos de cómic italiano, acude el público á reírse; y ellos han traducido esta prisa en acudir á matar el tiempo, por «automatismo» de las masas. De aquí á un chascas va menos distancia que de lo sublime á lo ridículo.

Porque á lo mejor resulta que al elector le entretienen los fantoches, pero no piensa, ni por asomo, hacerse autómatas. Y sale del paso, rechazando cortesmente á los hombres-anzuelos de la fantoche:—«Verán ustedes,—dicen los electores;—á nosotros, algunos monos sabios nos divierten mucho, pero no sentimos la necesidad de convertirnos en monos sabios. Queremos decir que algunas coaliciones fantoche-riles, nos hacen reír muchísimo; pero nosotros no queremos dedicarnos á esas cosas...»

ASMODEO

No faltaba ningún verano en San Sebastián, donde era muy conocido, habiéndose honrado esta publicación con los trabajos del veterano de los periodistas y de los revisteros de salones.

No bien llegaba el mes de Julio, hacía su cure en Alzola y el resto de la estación estival permanecía en esta playa, que tuvo en Nava-

rrete uno de sus primeros cantores y defensores más entusiastas.

Asmodeo ha seguido siendo hasta el día de su muerte el primero de nuestros cronistas de salones. Pocos conocen su obra *Madrid y nuestro siglo*, pero las señoras especialmente han leído sus libros *Sueños y realidades*, con un prólogo de Carlos Coello, *Verdades y ficciones*, *El crimen de Villavieja*, *El duque de Alcivras*; pocos son también los que, aparte de las comedias citadas más arriba, saben que pasan de veinte las obras dramáticas de Navarrete. En cambio, ¿quién ignora que Asmodeo, durante más de medio siglo, no ha tenido rival en el arte de describir las fiestas elegantes, que nadie como él ha sabido pintar las *toilettes* de las damas y referir los sucesos todos de la vida elegante?...

¿Cuántos dramas reales no habrán presenciado sus ojos en el espacio de sesenta años de asistir á los salones! ¿Cuántas hermosuras habrá visto marchitarse! ¿Cuántas ilusiones desvanecidas! ¿Cuántas bodas terminadas en duelos! Sería interesante seguir en las crónicas de Asmodeo la sucesión de las fiestas de tres generaciones, que tres generaciones nada menos ha visto el insigne cronista deslizarse entre fiestas, flores y perfumes por los salones más aristocráticos de la corte.

Habitual es tomar en broma el género cultivado por Navarrete, género briosamente defendido por la insigne escritora doña Emilia Pardo Bazán. Sin embargo, no carece de dificultades. No es tan fácil como parece el empleo oportuno del adjetivo, el uso del eufemismo discreto, de la perifrasis ingeniosa, de la alusión velada, de todo eso, en fin, que constituye el estilo de las crónicas del salón.

Buena prueba de lo que acabamos de decir es lo que ocurrió en *La Epoca* con un ilustre escritor, hombre de letras patrias, D. Pedro Antonio de Alarcón.

Asmodeo dejó de escribir en dicho periódico, y hubo de sustituirle el eximio novelista.

No hay para qué decir que las revistas de Alarcón eran en punto á mérito literario verdaderas obras maestras. Pero les faltaba aquel arte inferior, si se quiere, que poseía Navarrete para su género predilecto, arte que consiste en no herir susceptibilidades, en no aventurar juicios, en no humillar las altiveces del amor propio.

Alarcón carecía, sin duda, de este arte, y en el poco tiempo que desempeñó el cargo de revistero, tuvo disgustos, lances y desazones que sólo terminaron cuando Asmodeo empujó de nuevo el cetro de la crónica de salones.

Hasta el último día de su vida ha empuñado el susodicho cetro.

Descanse en paz el inolvidable amigo.

La cosecha de sidra

Nuestros caseros conciben para este año esperanzas más floridas que sus manzanos, que

este año se inclinarán abrumados por la fruta que produce el dorado licor, á cuyo través, la puesta del sol resulta encantadora, que dijo «Omar-Celín.

Pocas cosechas parece que se presentan tan abundantes como la de este año. La región de San Sebastián y Astigarraga, que produce la mejor sidra, promete una recolección tan copiosa, que según cálculos, vaciadas todas las *cupelas* que hay en Guipúzcoa, resultarán insuficientes para contener tanta sidra como habrá esta vez.

En Goyarri, el campo presenta análogo aspecto, pero su sidra dulzona no es la preferida por los donostiarros, á quienes gusta más la de Beterri, no tan densa y azucarada, sino con un puntillo agrio y de intención.

Se dice que la carga costará este año veinte reales: los caseros, que siempre lloran se existencia, se quejarán este año de la demasiada sidra: lo cual que alegrará á los *mariteles*, no tanto por la baratura de la sidra, como por lo que renegarán los basarritarras.

NOTICIAS

La Sociedad coral

Bajo la dirección del eminente artista Leo de Silka dieron comienzo anoche á las nueve y media, en el palacio de Bellas Artes, los ensayos de las piezas que se cantarán en el gran concierto que en beneficio de dicha masa coral se celebrará en Mayo próximo.

Las piezas puestas en estudio son: el duo de los «Puritinos»; los coros noruegos de Grieg titulados «Lamentos del marino»; la marcha de «Lanhuüsser»; el «Ume eder bats»; el «Agur», de Iparraguirre, y la jota aragonesa.

En la segunda parte de dicho concierto sólo tomará parte, ejecutando difícilísimas piezas, Leo de Silka.

Por aclamación ha sido nombrado subdirector de la Sociedad coral el Sr. D. Angel Sainz, director fundador que fué del primitivo orfeón que llevó dicho nombre.

A instancia del interesado el gobernador civil ha declarado cancelado y sin curso el expediente de registro de la mina «Dulcis María», del término de Aya, quedando franco y registrable el terreno de dicha mina.

Por la Dirección general de Carabineros ha sido promovido al empleo de sargento, con destino á la Comandancia de Asturias, el cabo de la de esta provincia Jacinto Alonso Medina.

También se ha concedido el empleo de cabo de infantería, con destino á esta Comandancia, al carabnero de la de Pontevedra Isidro Rodríguez Rodríguez.

El día 1.^o de Mayo próximo comenzará á regir la tarifa especial N. M. C. núm. 2, aprobada por Real orden de 22 de Marzo último y combinada entre la Compañía del Norte y las de Madrid á Zaragoza y Alicante, de Explotación de los ferrocarriles de Madrid á Cáceres y á Portugal y del Oeste de España y de Medina del Campo á Salamanca, para el transporte en pequeña velocidad de aglomerados, carbón de piedra, cok, lignito y hulla, por vagones completos de 10.000 kilos ó con el peso mínimo

ra que resplandeció con la llegada del equipo de Eudon, quedaron en tinieblas de incertidumbre y con miedo á las tinieblas.

La gran provincia de Cantabria se despoblaba á la sazón, mas no en virtud del mandamiento del vicario, ni para socorrer á su interesante persona; sino por órdenes directas de Toledo, encomendadas por el duque á unos cuantos tirados y gardingos que salieron de la corte para hacer en los pueblos la mayor leva que se había conocido.

No podía decirse en rigor que Munio y Eudon estuviesen completamente de acuerdo, pues si el uno quería arramblar á los cantabros hacia Pamplona, el otro los arrastraba hacia la Bética; pero convenían ambos en exceptuar de tan insólitas disposiciones militares la pequeña región gótico-vascongada, que no estaba en verdad para teatro de fuerzas encontradas, ni para perder un átomo de las suyas.

Los godos de Vasconia holgaron en verse libres de aquella nueva vejación, y los demás procuraban eludir el servicio militar aunque viesen el reino en peligro, corrompiendo á los tirados, los cuales se encargaban de corromper á su vez á los prepositos y éstos al preposito general, ó ministro de la guerra. Parecía que todos sentían la proximidad de la muerte, y con ella la codicia del avaro moribundo. La ley declaraba infames á los que se negaban á defender la patria; pero tantos eran los que optaban por la infamia, que ya el cumplimiento de la

obligación se reputaba como destello de ambición ó signo de pobreza.

Poco tiempo después de tan infructuosas tentativas para aumentar las huestes de Rodrigo, algunos días antes de promediar el mes de Agosto, presentose á la puerta del Sur de la ciudad murada cierto magnate godo con traje militar lujoso, aunque asaz llevado y traído, caballero en corcel de raza oriental, bañado en sudor y estenuado de fatiga.

Era un joven tostado del sol; de negra cabellera y barba del mismo color, corta para monje ó vasco, larga para prócer. Su desaliño contrastaba con la riqueza de los arreos, y sobre todo con la imponente majestad del semblante. Su expresión era profunda, la mirada tan penetrante, que de puro intensa, infundía miedo. Aquel rostro aguileño, hermoso y varonil, traía el sello de las grandes catástrofes, de las grandes esperanzas y de los grandes pensamientos. Aterraba y animaba á la vez. Todo en torno de él debía de quedar anonadado; pero todo recobraba la vida por él.

—¿Quién seas? se atrevió á decirle el ostiario.

—Eudon, duque de Cantabria.

Y sin esperar permiso, entró en la ciudad.

Seguíale tan sólo un bucelario.

Era, en efecto, Eudon, que de aquella suerte acababa de atravesar de Sur á Norte toda la Península, rozándose en Vasconia con montañas erizadas, más que de brañas

secuencia de ninguna derrota, clarísimamente indicia la existencia de peligros mayor que el de la rebelión pirenaica. Para conjurarlos, tal vez se vería forzado Rodrigo á reconocer la independencia del pueblo vascongado, y por vergonzoso que fuera, al abandono de los campos y ciudades godas, del Ebro afluente, los godos de Vasconia poseían. Era de temer también que los vascos, viendo aquel territorio, no sólo desnudo de tropas y huérfano hasta cierto punto de gobierno, que de interinidad en interinidad, había recaído en Munio, se alzarán un día, y acometieran á los mismos presidios y plazas fuertes; pues que Pelayo les había enseñado cómo sin máquinas de batir podían ser tomadas.

Pero godos había también que secretamente se gozaban en la angustia general, y creían que la salvación había de venir por el acrecentamiento del conflicto. Condolíanse éstos de que Tárik hubiese entrado en la Bética con tan poca gente, temerosos de que sólo viniese á dar al nuevo rey el prestigio de la victoria. De acuerdo con los judíos en suspirar por el antiguo régimen de licencia y desenfreno representado por el nombre de Witiza, y envalentonados aunque vencidos, daban margen á la murmuración, porque Munio no los perseguía como conspiradores, ni los castigaba como rebeldes.

En esta expectativa de grandes sucesos, en este abandono y silencio debidos al miedo general y la recíproca desconfianza, iba trascurriendo el verano, materialmente pacífico, pero moralmente desasosegado y mo-

lesto. No ardía la guerra, por lo menos en aquel territorio: los montañeses parecían olvidados de sus opresores; pero aquella inacción era enervante, aquella paz la del abatimiento: aquella atmósfera estaba corrompida por la calma. La Vasconia gótica, embargada por el miedo; las comarcas limítrofes, esquilmadas por levas y tributos; ni un soldado del Ebro allá, como no fuese hacia la Bética; muy escasas las guarniciones del Ebro acá, y en la corte el silencio del vacío. Ni aun lejano se sentía el trueno; pero á todas partes amagaba la tempestad.

De cuándo en cuándo, Munio, para mostrar á sus súbditos que había un gobernador en aquella región, dictaba órdenes que villosos y condes cumplían de no obedecer, para enseñar al vicario el verdadero significado de su gobierno. Importaba también con mensajes al conde de los Notarios, pidiéndole con urgencia que remediasse tan grave necesidad; y para más eficacia á sus ruegos, dejaba entrever como forzoso el caso de abandonar á los naturales la tierra conquistada, retirándose con las tropas á la orilla derecha del Ebro; pero súplicas y amenazas eran igualmente estériles. Si á la corte llegaban, en la corte se hundían: ó no había allí rey ni ministros, ó la Vasconia no formaba parte del reino visigodo.

Considérese, pues, el júbilo de Munio cuando, á los dos meses de haberse ausentado Rod gis, hallándose Ranimiro desahogado y sin esperanza alguna de vida, recibió despachos de Toledo, en los cuales se le